

DESPIERTA FERRO

Especiales

NÚMERO ESPECIAL XV - 7,95€

Los Tercios (V) Asia

España en las Indias Orientales
Legazpi y la conquista de las Filipinas
La Armada y el Galeón de Manila
La campaña de las Molucas
Cagayán: lucha contra el *wako* japonés
Armas españolas en Camboya

ISSN 2255-4734 PVP Canarias 6,15€

00015

9 772255 473007



Soldados filipinos en las fuerzas españolas (1574-1648)

ES CONOCIDO CÓMO TODAS LAS MILICIAS COLONIALES SE NUTREN EN GRAN MEDIDA DE CONTINGENTES DE SOLDADOS INDÍGENAS, NORMALMENTE POCO DOCUMENTADOS EN LAS FUENTES HISTÓRICAS, POR LO QUE SE LES CONOCE COMO “SOLDADOS INVISIBLES”.

José Eugenio Borao
Universidad Nacional de Taiwán

en realidad, la cercanía a Manila no era razón suficiente para dicho alistamiento “incondicional”, ya que los indios tagalos de la actual provincia de Laguna, también colindantes con Manila, participaron mucho menos en las armadas españolas. ¿Cuáles fueron las razones que llevaron a los nativos filipinos, y a los pampangos en particular, a secundar la acción militar española? Cinco pensamos que fueron los motivos, que se sucedieron del modo que expresamos a continuación.

BENEFICIO MUTUO EN LA DEFENSA DEL TERRITORIO

La Pampanga es una zona en la que, por su proximidad a Manila, tuvo lugar una temprana conquista, que siguió a la derrota del rajá Solimán de Manila en 1571. Al año siguiente ya había misioneros en algunas de sus poblaciones. Tres años después, en 1574-1575, los españoles tuvieron ocasión de solicitar una colaboración a los pampangos en su lucha contra el famoso pirata chino Limahon, lucha que también podría beneficiar a los indígenas, pues este acababa de establecerse en la vecina Pangasinán. De hecho, unos 2500 pampangos se sumaron a la expedición de Salcedo, en una proporción de diez pampangos por cada español. El éxito de esta victoria, así como las favorables repercusiones que tuvo en las relaciones con China, contribuirían sin duda a establecer las bases para futuras colaboraciones.

Poco después tuvo lugar una batalla contra el pirata japonés Taifuzo, que se había establecido al norte de Luzón. Así, en 1581, el gobernador Gonzalo Ronquillo envió a Juan Pablo de Carrión con cien soldados, acompañado de un buen contingente de pampangos, tagalos y bisayos, al norte de Luzón, para expulsar a los japoneses, que, tras ser derrotados, huyeron a Formosa y Japón.

RECOMPENSAS EN TIERRAS

A la incorporación de Pampanga al ámbito hispano siguieron otras de lugares próximos, como Pangasinán, pero también llegaron problemas en lugares remotos, como la petición que el sultán Sirela de Borneo hizo llegar a Manila para recuperar su trono. En la expedición de ayuda a Sirela, que tuvo lugar en 1578, fueron 400 españoles, 300 naturales musulmanes y 1500 cristianos, capitaneados por el gobernador Sande. Entre estos 1500 indígenas cristianos no parece que hubiese pampangos, pues Rizal diría en sus anotaciones a la reedición del famoso libro de Morga sobre la historia de Filipinas que fueron más de 1500 arqueros de las provincias de Pangasinán, Cagayán y Pintados.

En el caso de la conquista de América son claros los ejemplos de las alianzas que Hernán Cortés hizo con los totonacas, tlaxcales y otros pueblos en su lucha contra los aztecas (véase *Desperta Ferro Historia Moderna* n.º 12: *La conquista de México*). Después, Pedro de Alvarado invadió Guatemala con 420 soldados, acompañados de 6000 cholulas y tlaxcales. Lo mismo hizo Pizarro, y también Almagro, que en la exploración de Chile se llevó a 150 españoles acompañados de varios miles de yanacunas, especialmente para servicios de transporte, sistema que repetiría Pedro de Valdivia en su posterior conquista de Chile.

El caso de Filipinas no fue una excepción, y las tropas españolas, compuestas por peninsulares y novohispanos, se reforzaron con nativos del archipiélago, en especial de la región de Pampanga, aunque otros indígenas también participaron. Todo ello se vio facilitado por unas condiciones favorables, como la existencia de diversas naciones indígenas, a veces rivales, y una cierta mentalidad marcial entre los pampangos; también lo favoreció el beneficio que los nativos pudieran obtener de dicha participación, especialmente la concesión real de tierras. Para empezar a tratar de todo ello vale la pena observar el cuadro (derecha) que nos da una muestra de la mayor parte de la actividad militar expansionista española en Filipinas, desde la conquista de Manila por Legazpi (1571) hasta la Paz de Wesfalia (1648).

Hay que señalar que los datos ofrecidos son solo aproximados, tomados tanto de la consulta directa de fuentes como de obras generales. En cualquier caso, la observación del cuadro nos permite suponer que el número de soldados filipinos movilizados a lo largo de los más de setenta años que van desde 1575 hasta 1648 pasó de los 30 000.

Como se ha dicho, el alistamiento de soldados nativos filipinos provenía en su mayor parte de la nación de Pampanga, una de las regiones más importantes del “traspaís” de Manila. Pero,

◀ Un guerrero cagayano en el *Código Boxer* (ca. 1595), Indiana University, Bloomington. Junto con los pampangos, los mejores auxiliares y aliados nativos de las tropas españolas en Asia fueron los **CAGAYANES**. Según el oidor Antonio de Morga: "La provincia de Cagayán está poblada de naturales de la misma color que los otros de la isla, aunque más dispuestos de cuerpo, y más valientes y guerreros que los demás". En el siglo XVII estos guerreros recibirían instrucción en el uso de armas y tácticas europeas, pero cuando acompañaron a las tropas españolas en sus primeras expediciones iban equipados al modo tradicional. Según el *Código Boxer*: "Sus armas son **LANZAS** y **PAVÉS** largo de una braza, y de ancho tres cuartas. Tienen unas armas colchadas y un bonete a manera de morrión, coloradas, y unos puñales anchos de más de ocho dedos y de largo palmo y medio, con cabos de ébano con que de un golpe llevan una cabeza". Estos guerreros no solo tomaron parte en expediciones a Borneo y las Molucas. En particular, su colaboración fue determinante para sofocar las revueltas que estallaron entre 1660 y 1661 en la Pampanga y Pangasinán. El sacerdote e historiador Juan de la Concepción (1724-1786) refiere sobre el episodio que "se juntaron trescientos indios cagayanos a cargo de un maestre de campo don Juan Manalo, fiel vasallo de su Majestad; dio súbitamente y con valor sobre el rebelde campo, deshízole impetuoso y obligó a las reliquias a retirarse a los montes".

Otra empresa en Borneo acaeció en 1581 por una nueva destitución del sultán Sirela —ya vasallo español—, y llevó a un número considerable de tropas nativas y españolas. Esta expedición fue organizada por el recién llegado gobernador Ronquillo de Peñalosa, que se había traído de México a 600 españoles entre soldados y civiles. No nos consta en esta ocasión el origen de los soldados nativos. Un año después, en 1582, cuando Ronquillo organizó la primera expedición a las Molucas (motivada por la unión de las coronas de España y Portugal en la figura de Felipe II y por el declive portugués en las Molucas), aparecen de nuevo los nativos de Pampanga y Cagayán, según se desprende de una nueva nota de Rizal al libro de Morga en la que asegura que 1500 guerreros, en su mayor parte de Cagayán y Pampanga, acompañaron a la expedición de Ronquillo.

Creemos que lo mismo podría decirse de las posteriores expediciones a las Molucas, en 1589 (Santiago de Vera) y 1593 (Gómez Pérez de Dasmariñas), que debieron de resultar determinantes para afianzar la fidelidad pampangana, ya que deben ser la causa que explica las concesiones reales de tierras que recibieron como premio a su colaboración con la Corona. Ciertamente, las más extensas tierras (las "estancias" o "caballerías") fueron concedidas a españoles, pero también los nativos filipinos recibieron importantes cantidades de tierra y los pampangos fueron los más beneficiados. Aunque la mayor parte de las concesiones se otorgaron en unidades de tierra menores, las "cabalitas", estas lo fueron en gran número. Así, del total de 8950 "cabalitas" entregadas, 7168 fueron conce-

didadas a pampangos; y 8063 fueron otorgadas en la década de los gobernadores Santiago de Vera y Gómez Pérez Dasmariñas (1584-1594), es decir, los años que coincidieron con los intentos de conquista de las Molucas (1582, 1589 y 1593).

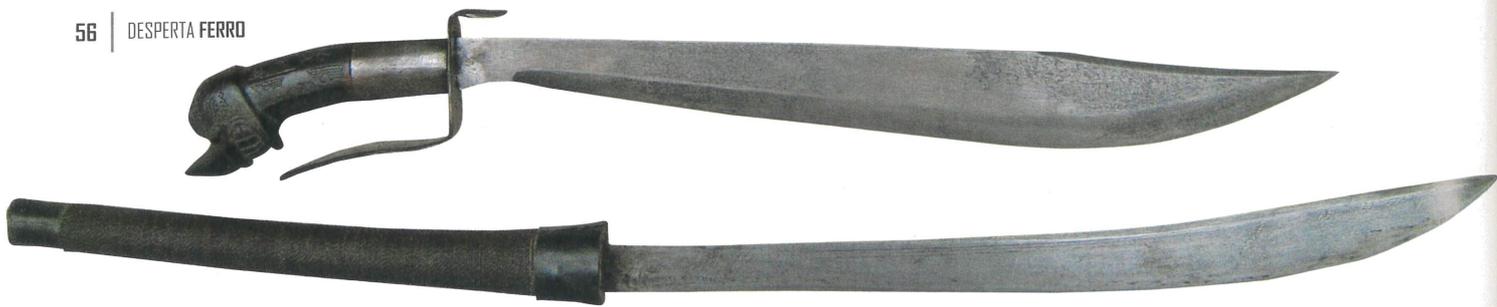
VENGANZA Y RECOMPENSA EN ESCLAVOS

En 1591 se llevaron a cabo pasos para la exploración de Cagayán, pues los jefes locales de la Pampanga se habían ofrecido en ayuda de los españoles. El gobernador Gómez Pérez Dasmariñas envió a su hijo Luis Pérez Dasmariñas con 80 soldados españoles, y muchos jefes de tribus pampangas se les unieron con sus guerreros y armas, formando un ejército auxiliar de 1400 indios.

Los pampangos, además de haber sido defensores de su tierra contra Limahon y de haber ayudado en operaciones de exploración, podían servir como aliados en la conquista de otras tribus más difíciles de someter, o enemistadas con ellos. Ese mismo año de 1591 Gómez Pérez Dasmariñas planteó llevar la guerra a los zambales, una tribu que habitaba en la zona montañosa próxima a la Pampanga. Los agustinos, que llevaban unos años entre los pampangos, al manifestar su opinión acerca de la justificación de la guerra contra los zambales, señalaron la conveniencia de reclutar soldados pampangos, tanto por su capacidad como porque así podrían vengarse de las ofensas que los zambales les habían ocasionado. A la vez, proponían que se les recompensase no solo con tierras de cultivo, sino también con esclavos. La expedición alcanzó sus objetivos. Gómez Pérez Dasmariñas informaba al rey

Principales actuaciones de tropas expedicionarias españolas y filipinas (estimación)

AÑO	EXPEDICIÓN	ESPAÑOLES	NATIVOS	TOTAL
1574	Expedición de Salcedo contra Limahon (Pangasinán)	250	2500	2750
1578	Primera expedición a Borneo: Sande	400	1800	2200
1581	Expedición contra Taífuza (Cagayán): Ronquillo	100	gran número	
1581	Segunda expedición a Borneo: Ronquillo	sin datos	sin datos	
1582	Primera expedición a Ternate (Molucas): Ronquillo	sin datos	1500	
1589	Segunda expedición a las Molucas: Santiago de Vera	sin datos	sin datos	
1591	Expedición a Tuy (Cagayán)	80	1400	1480
1591	Expedición contra los zambales	120	3000	3120
1593	Tercera expedición a Ternate (Molucas): Gómez Pérez	sin datos	sin datos	
1596	Expedición a Mindanao: Esteban Rodríguez	214	gran número	
1596	Expedición a Camboya: Gallinato			200
1598	Expedición a Siam: Luis Pérez Dasmariñas			
1603	Cuarta expedición a Ternate (Molucas): Gallinato	sin datos	sin datos	
1603	Primera represión sangley	220	2500	2750
1606	Quinta expedición a Ternate (Molucas): Pedro de Acuña	1423	1672	3095
1609	Ofensiva en Caraga: De Silva	sin datos	sin datos	1000
1616	Expedición a Sincapora (Indias Orientales): De Silva	2000	2500	4500
1617	Batalla de Playa Honda (Manila)	1736	1593	2830
1626	Expedición a Formosa (avanzadilla)	100	200	300
1626	Expedición a Formosa (grueso de la flota)	500	1200	1700
1627	Segunda expedición a Formosa	731	280	1011
1636	Expedición a Joló	300	3000	3300
1637	Expedición punitiva contra Cudarat (Mindanao)	500	3000	3500
1638	Expedición punitiva a Mindanao y Joló	600	1000	1600
1639	Segunda represión sangley en Manila	200	4000	4200
1647	Defensa de Abúcaj (Manila) contra los holandeses	sin datos	600	



▲▼ Los auxiliares filipinos, en las primeras expediciones e incluso más adelante, estaban armados esencialmente con material nativo. En el archipiélago, a medio camino de Japón, China, Indonesia e Indochina, confluían, en lo tocante a la fabricación de armas y armaduras, tradiciones tan diversas como ricas. La primera espada (arriba) es un **TENEGRE** de la isla de Panay, en el archipiélago de las Bisayas. A menudo, las hojas de estas espadas llevaban inscripciones que funcionaban como talismanes para el portador. La segunda espada pertenece a una familia completamente distinta. Se trata de un arma parecida al **DHA** de Indochina, que aparece ya en siglo XIII en relieves de Angkor. Este ejemplar, en concreto, procede probablemente de la isla de Mindoro, y destaca en su vaina la presencia de una inscripción en baybayin, el sistema de escritura del tagalo, el bisayo, el ilocano, el pampango y otras lenguas filipinas hasta prácticamente el siglo XVIII. El escudo es un **KALASAG**, usado en todo el archipiélago y fabricado con madera endurecida de árboles nativos como el dapdap, el polay o el sablang. A menudo, esta clase de escudos llevaban tallas decorativas, como en el presente ejemplo.

del envío de más de 3000 soldados pampangos (por solo 120 españoles), que se comportaron con especial rudeza. 2500 zambales fueron muertos o apresados, 400 de los cuales serían enviados al gobernador para remar en las galeras.

En la década de los noventa fueron también remarcables las dos expediciones al reino de Siam para intervenir en disputas dinásticas, y que llevaron a algunos nativos filipinos, sin que podamos asegurar de qué nación eran. Se trata de la expedición de 1596 de Gallinato y de la de 1598 de Luis Pérez Dasmariñas. A la expedición de Gallinato asistió como capellán el joven dominico aragonés Aduarte, que dejó escrito un testimonio no solo de cómo se reclutó a los soldados, sino también de la asimilación del sentido del honor entre los nativos: “Juntáronse ciento y treinta soldados, los más de ellos escondidos y sin licencia del gobernador, que solo la había dado para cuarenta, por ser pocos los que en la tierra había. Fueron también algunos japoneses, que en la guerra pecan de audaces, y algunos indios de esta tierra, que en las ocasiones de honra son muy buenos compañeros”.

BOTÍN Y HONOR

Diez años después de la guerra contra los zambales, los pampangos volvieron a ser requeridos para actuar contra la insurrección de los sangleyes (comerciantes y colonos chinos) en Manila, en 1603. Podríamos pensar que una de las nuevas razones por las que los pampangos se avinieron a la guerra fue la oportunidad de participar en el botín. La relación de Miguel Rodríguez Maldonado sobre la insurrección sangley señala que primero vinieron mil pampangos que ayudaron a contener la situación, entre los que se encontraban arcabuceros y portadores de picas. Su actitud animó a los de nación japonesa establecidos en Manila, que al ver que los pampangos destruían y saqueaban el barrio chino con gran furia, se les fueron uniendo gradualmente.

Nuevos soldados llegaron de la Pampanga, pues cuando los sangleyes huyeron a la provincia de Laguna, fueron perseguidos por el sargento mayor Ascoeta, que les siguió con 220 arcabuceros españoles, 400 japoneses y 2000 pampangos (de los que 1500 eran arcabuceros y mosqueteros, mientras que el resto iban armados con lanzas, espadas y flechas). Incluso participaron 200 moros y 300

negros de Filipinas. En la batalla final, los pampangos fueron los que se mostraron más resistentes; así pues, Ascoeta envió al jefe pampango Ventura de Mendoza a perseguir a los últimos sangleyes, ya que los españoles estaban exhaustos tras horas de lucha con armas de fuego.

Los fastos tras la vuelta a Manila fueron lo que debió sellar una identificación definitiva entre pampangos y españoles, ya que, además del botín obtenido, los primeros fueron recibidos el 14 de noviembre por toda la ciudad, por el gobernador y por la Audiencia con todos los honores. Los pampangos se mostraron complacidos y, según una relación de la época, ofrecieron sus personas, sus vidas y posesiones al servicio del rey de España.

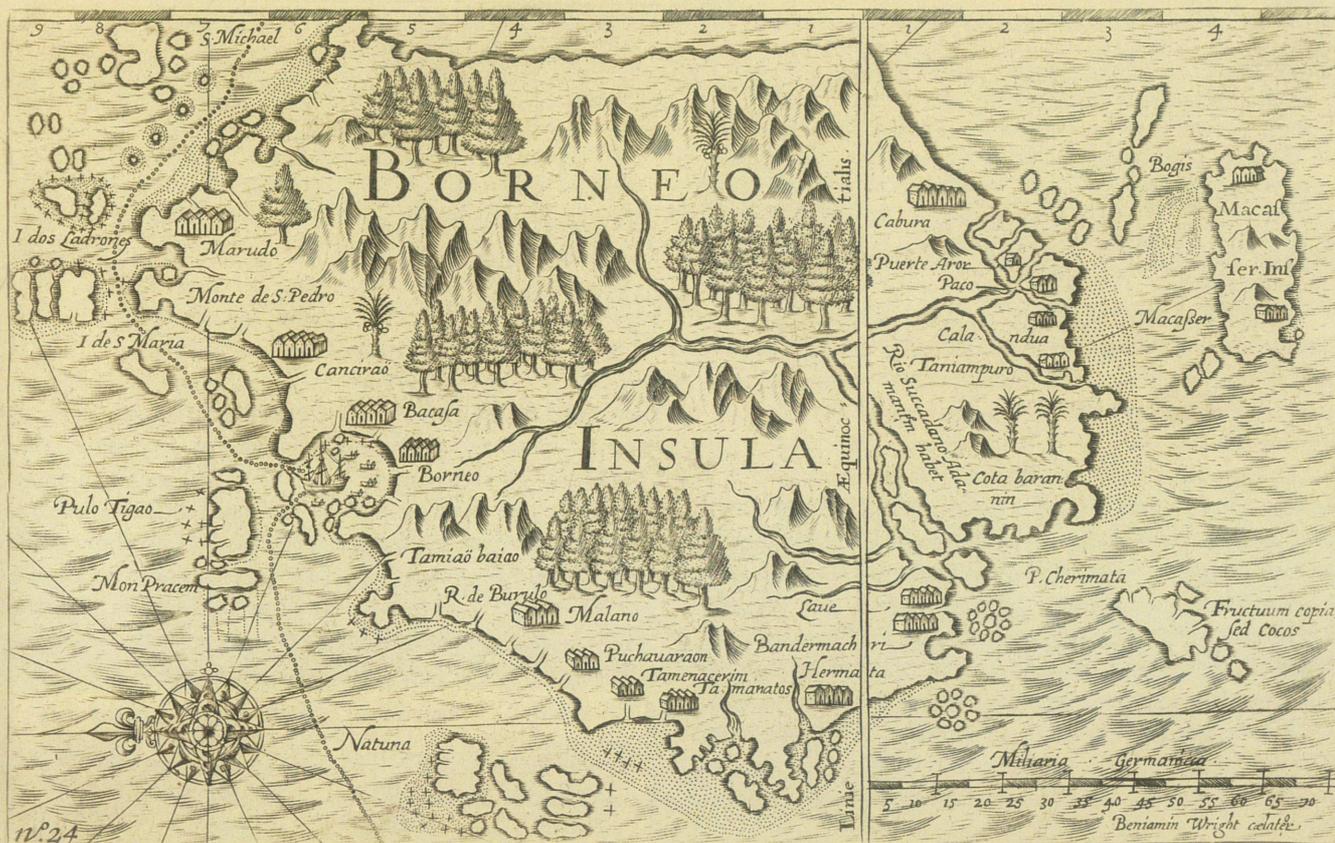
PROFESIONALIZACIÓN MILITAR

Las expediciones contra los holandeses, que tendrán lugar a lo largo de la primera mitad del siglo XVII, marcan una nueva etapa en el alistamiento de soldados filipinos en los ejércitos españoles, ya que han de luchar ahora con un enemigo diferente, con estrategias y armas europeas, al que hay que combatir en el mar o en fortalezas, que aguarda en lugares lejanos y que, por tanto, supone resolver una serie de problemas complejos de intendencia. Esto, sin duda, supuso una mayor “profesionalización” de los soldados filipinos y una mayor selección entre ellos para estas tareas, lo cual recayó, casi de modo estable, en los soldados pampangos, mientras que los demás quedaron para tareas locales.

Entre las acciones contra los holandeses merece desatacar en primer lugar la que llevó a cabo Juan de Silva. Este gobernador había llegado en 1609 a Manila con cinco compañías de infantería española. Al poco envió tres de ellas a la provincia de Pintados para luchar contra los caragas. Al año siguiente, el 24 de abril de 1610, obtuvo una victoria contra los holandeses, y lo único que sabemos es que, si bien los españoles no pasaban de mil, había “un suficiente número de soldados de otras naciones”. El balance de muertos fue de 57 españoles por 50 indios grumetes.

En otra operación importante, la de 1616, en la que Juan de Silva pretendía cortar de raíz el problema holandés, aprestó para ello una expedición a Java de acuerdo con el virrey de Portugal en Goa. Silva llevó diez barcos grandes, cuatro galeras y otros barcos menores, que transportaban a dos mil españoles y tres mil soldados nativos. No tenemos noticia de qué nacionalidad tenían estos soldados, y solo nos cabe su-





▲ *Mapa de la isla de Borneo (ca. 1601-1602), grabado impreso por Benjamin Wright, Rijksmuseum, Ámsterdam. A la llegada de los españoles a Filipinas, el archipiélago se encontraba en la órbita del sultán de BORNEO, que vería con desconfianza a los conquistadores y apoyaría las incursiones de los piratas de Joló y Mindanao. En 1578, el gobernador Francisco de Sande intervino en Borneo para situar en el trono a un sultán aliado. La expedición anfibia contó con la participación de numerosos nativos filipinos en calidad de soldados auxiliares, marinos, **REMEROS** y porteadores. Años después, el oidor Antonio de Morga se hacía eco de sus valiosas contribuciones: "El mayor servicio con que acuden estos naturales es, en ocasiones de la guerra, dando remeros y esquifazones para los vireyes [un tipo de embarcación] y navíos que van a las jornadas, y gastadores para lo que más se ofrece en el discurso de la guerra, aunque se les paga su sueldo y jornal. De la misma manera dan y reparten naturales para las obras del rey, como son fábricas de navíos, cortes de madera, maestranza de la jarcia, y de la casa de la fundición de la artillería, y servicio de los almacenes, pagándoles su estipendio y jornal".*

poner que muchos serían de la Pampanga. Esta expedición fue famosa por el desastre que cosechó, pues los portugueses no aparecieron y De Silva murió de una fiebre maligna, con lo cual se regresó a Manila. Schurz, el clásico especialista del Imperio español en las Filipinas, comparó el fracaso de la expedición con el de la Armada Invencible de 1588 porque, según él, dejó claro cuál iba a ser una nueva potencia que dominaría la región.

Efectivamente, tras el fracaso de 1616, las armadas españolas perdieron la iniciativa, que pasó a ser de los holandeses, quienes se presentaron al año siguiente en las Filipinas. Sí que tenemos una información muy detallada de la batalla de Playa Honda, la operación defensiva ordenada en 1617 por el presidente de la Audiencia de Manila, quien, tras la muerte de Juan de Silva, gobernaba interinamente. Salieron a recibir a los holandeses siete galeones, un patache y tres galeras que llevaban más de 200 oficiales españoles al frente de 936 soldados hispánicos y más de 600 hombres de mar. Los soldados pampangos eran 227, a los que habría que añadir 430 grumetes, 456 criados de servicio y la "chusma para las galeras", que ascendía a 480 personas. El desenlace de la batalla fue de 500 holandeses muertos por 50 españoles y el mismo número de nativos; a decir de un protagonista, "casi cincuenta indios, que lo hicieron muy bien; y uno de ellos al principio de la pelea, viendo que a nuestra capitana le habían derribado una de la flémulas [N. del E.: flámula, pequeña bandera] al agua, se echó a ella y la cogió porque no la

llevase el enemigo". El concepto del honor había calado hondamente entre los soldados nativos.

Cinco años después, en 1622, los holandeses intentaron conquistar Macao sin éxito. Luego se instalaron en las islas Pescadores y, a continuación, en el centro de Formosa (1624), donde amenazaban el comercio chino con Manila. La respuesta española fue la ocupación en 1626 de la isleta de Kelang (actual Keelung), en el norte de isla.

Durante los años treinta apenas hubo hostilidades con los holandeses, lo que facilitó al gobernador Corcuera concentrarse en los problemas de Mindanao y Joló. Empezó con el castigo a los reyes moros de Mindanao, en diciembre de 1636, para el que llevó a 300 españoles y 3000 indios. Poco después, en la jornada a Joló de 1637, Corcuera llevó tres compañías en once sampanes, una de 150 españoles, otra de 100 y la tercera de 100 indios pampangos. Una vez en Zamboanga, tomó 100 españoles más, así como a 50 pampangos. Más tarde, Juan Nicolás llegó con 80 españoles y 20 pampangos. Luego recorrieron toda la costa de Mindanao hasta Caraga, acompañados por 1000 indios de guerra cristianos de entre los vasallos de rey. Tal vez por eso, Corcuera dijo, redondeando en un informe posterior, que en la jornada de Joló de 1637 habían participado 500 españoles por 3000 indios. El recurso a los pampangos era ya algo rutinario, como debió de ocurrir en la nueva jornada de Joló de 1638, en la que participaron 80 barcos y fueron 600 españoles, 1000 indios, 500 hombres de galeras y aventureros.

▼ *El fuerte Zeelandia en la isla de Formosa*, acuarela de Joan Blaeu (1596-1673) para el *Atlas Blaeu-Van der Hem*, Zeeuws Museum, Middleburg. El imperativo de contener la expansión holandesa en **FORMOSA** llevó al establecimiento del presidio hispánico de San Salvador, que se nutrió en gran medida de soldados filipinos, que soportaban los tifones y el clima mejor que los españoles. En 1637, las autoridades de Manila evidenciaban los apuros del virrey Corcuera a este respecto: "Y de los pocos españoles que los virreyes de México envían cada año, muchos mueren por el mal clima de esta tierra, y el gobernador se ve obligado y casi forzado a levantar compañías entre la gente de la Pampanga para ayudar a Ternate, Zamboanga, Caraga, Cebú, Otón, Nueva Segovia y a la dicha isla Hermosa". Este era un destino tan duro que incluso los filipinos trataban de evitarlo. En marzo de 1642, poco antes de la pérdida de San Salvador a manos holandesas, el capitán **GONZALO PORTILLO**, al frente del presidio, lamentaba amargamente que "los cagayanes que trajo el sargento mayor Cristóbal Márquez, y los que traje yo, no son de ningún provecho aquí –sino tan solamente para comer arroz–, porque hagan bulto no los envié, porque estos no son de los que han dicho a V. Sa. que han probado aquí bien, sino que son los que han querido enviar de Cagayán, y todos viejos, y, entre ellos, hombres de ochenta años".

SOLDADOS FILIPINOS EN PRESIDIOS (1635)

Hasta ahora hemos hablado de los soldados que participaron en expediciones de conquista. Cuando estas tienen lugar, parte de los contingentes enviados se quedan en el escenario de operaciones para mantener y asegurar el terreno conquistado. A su vez, hay que renovar los soldados, lo cual se hace con ocasión de los envíos de "socorros". Por eso, otro modo de observar la participación de soldados nativos en los ejércitos españoles es la de ver los informes generales del estado de las fuerzas. Tenemos, por ejemplo, el memorial que presentó al rey en 1637 el procurador de las Filipinas en la corte de Madrid, Juan Grau de Monfalcón, sobre la situación de las islas dos años antes. Ahí podemos ver el papel de los soldados nativos, en su mayoría pampangos, que había destinados en los presidios. Este año de 1635 es además importante porque marca el punto de inflexión de la actividad militar española, que pasa de una fase expansiva a otra defensiva (excepción hecha de las citadas expediciones contra Joló y las punitivas de Mindanao, de 1637 y 1638), marcada por la creciente amenaza holandesa.

En el informe de Monfalcón los soldados de infantería se dividen en dos grupos, los del ramo de la "guerra terrestre", referido al campo de Manila, y que comprendía el presidio de Fuerte Santiago y los de Cebú, Otón, Cagayán y Formosa; y, en segundo lugar, los del ramo de la "guerra de las Molucas". En los presidios dependientes del "campo de Manila" había una compañía de 140 soldados pampangos con sus respectivos oficiales, pero es de suponer que en momentos de crisis se harían alistamientos forzados, como por ejemplo durante la segunda rebelión sangley, de 1639, en la que 4000 soldados nativos se enrolaron en las tropas de contención, que, según el gobernador Corcuera, formaron una milicia de 1000 pampangos y 3000 tagalos por solo 200 españoles. En segundo lugar, hemos de considerar a los soldados de infantería en la "guerra del Maluco", formados por siete compañías españolas (570 soldados) y dos pampangas (200 soldados).

Por último, el ramo naval y de maestranza también se nutría de personal nativo. El memorial de Grau señala que existían seis galeras, destinadas dos en Manila, dos en Formosa y dos en Ternate, asistidas

por 1080 forzados, que posiblemente se correspondan con la mitad de los 2200 nativos que prestaban servicio en dicho ramo.

EL FINAL DEL PRESIDIO DE FORMOSA (1642)

La guarnición de Formosa (isla Hermosa en las fuentes de la época, Taiwán en la actualidad) no era la más grande, pero jugaba un papel estratégico importante en la comunicación con los vecinos japoneses y chinos, así como sobre el control de las rutas comerciales de los holandeses con estos países. El número de soldados en dicha guarnición –cuyo fuerte de San Salvador, en Kelang, era posiblemente el más grande de todos los de Filipinas– podemos registrarlo en el siguiente cuadro:

Año	españoles	pampangos	cagayanes
1629	320	70	150
1631 (a)	100	30	
1631 (b)	250	350	
1633	100	20	
1637	60	100	50
1639	88	41	79
1640	55	22	96
1641	86	32	87

Estos datos nos confirman la creciente presencia de cagayanos en Formosa, debido probablemente al hecho de estar Cagayán al norte de Luzón, en la ruta a Taiwán. Esta guarnición es además interesante porque nos ayuda a entender una práctica militar en Filipinas, la de la proporcionalidad, claramente mantenida en la segunda batalla de San Salvador (19 a 25 de agosto de 1642), en la que las fuerzas españolas perdieron su fuerte a manos holandesas. La batalla en sí fue sencilla. El gobernador español de Taiwán apenas ofreció resistencia, y así, lo que podía haber sido un sitio de un mes, se convirtió en una pequeña batalla de menos de una semana. La participación de nativos filipinos siguió la tónica general de otras intervenciones: la proporcionalidad numérica de soldados españoles y filipinos. En el primer choque, Portillo envió una compañía de unos ochenta hombres,



la mayor parte de ellos españoles, y el resto cagayanos y pampangos. Cabe señalar que estos iban bajo bandera propia, lo que indica a su vez una cierta relación confederada con los españoles.

Es interesante comprobar que se siguió manteniendo una proporción entre los soldados españoles y los nativos. Cuando la compañía se retira sin lucha, deja una pequeña guarnición para hacer frente a los holandeses. Esta vuelve a repetir la proporción de soldados españoles-cagayanos-pampangos. Al no poder hacer frente a los holandeses tan reducido número, se repliegan a La Retirada, un pequeño fuerte, donde se estuvo durante tres días a los atacantes, en el que estaba el alférez Aréchaga con idéntica proporción de soldados españoles y nativos. Cabe decir que, en el asalto final, los españoles y filipinos resistieron hasta el penúltimo momento, ya que Aréchaga se reservó “el último” para su propio riesgo, honor y gloria. Acabada la batalla, la guarnición española fue a Tayouan (la capital holandesa de Taiwán, actual Tainan) y de allí a Batavia, para ser repatriada un año después. Los soldados pampangos fueron retenidos por los holandeses para sugerirles que se incorporaran a su ejército, no solo por su preparación militar, sino por ser conocedores de la tierra que los neerlandeses pensaban conquistar sin demora en su creciente presión sobre Manila.

EL SITIO DE ABÚCAY (1647)

Con respecto a una de las acciones de presión, citaremos la tragedia de Abúca, en 1647. Los holandeses intentaron conquistar Cavite y, al no lograrlo, se retiraron a Bataán, en el lado opuesto de la bahía de Manila. La capital de la zona, Abúca, estaba defendida por seiscientos soldados pampangos bajo la dirección de Cabrera, el alcalde mayor de la provincia de Pampanga. La falta de pericia militar de Cabrera hizo que, en vez de presentar batalla contra el desembarco de los holandeses, como le aconsejaban los pampangos, se refugiara tras los débiles muros de la iglesia, capitulando sin ofrecer apenas resistencia. Cabrera fue tomado como rehén, pero todos los pampangos fueron pasados por las armas a sangre fría. Al no cobrar ningún rescate por Cabrera, y acosados desde Manila, los holandeses se retiraron coincidiendo con el cese de hostilidades entre España y Holanda firmado en Westfalia (1648).

CONCLUSIÓN

¿Fue elevada la participación de soldados pampangos en los ejércitos españoles? Al principio de nuestro artículo señalábamos que –con diferente grado de temporalidad y compromiso– más de 30 000 pampangos se habrían alistado en las tropas españolas a lo largo de setenta años, lo que supone un promedio de 400 anuales, un número respetable si consideramos, por ejemplo, que la población de cinco comunidades de la Pampanga (Betis, Lubao, Macabele, Candaba y Apalit) alcanzaban en 1591 las “39 000 almas”. A tenor de lo dicho, nos queda todavía por aclarar, ¿por qué precisamente los pampangos? La tradicional respuesta que se ha dado a ello es, por un lado, su carácter belicoso y, por otro, su facilidad para identificarse con los españoles, de quienes conservarían al mismo tiempo un elevado grado de autonomía a través de la delegación de poderes en sus *datos* [N. del E.: título que recibían los jefes locales en buena parte del archipiélago].

Su carácter belicoso ha estado siempre apoyado en observaciones de testigos. En primer lugar, tenemos al gobernador Acuña, que mientras preparaba su expedición a las Molucas escribía a Felipe III, en 1605, y le decía que se llevaba soldados pampangos por su calidad como combatientes. Años más tarde, el jesuita Gregorio López, en su relación sobre los sucesos en Filipinas de 1609-1610,

decía que los pampangos eran de los soldados más bravos y leales a los españoles. Un siglo después, en 1720, Gaspar de San Agustín señalaba que los pampangos eran diferentes a los otros grupos de filipinos, porque “son sinceros, mantienen su honor, son valientes e inclinados al trabajo; son de buenas costumbres y, cuando no, procuran disimularlas”. Viajeros ingleses del siglo XIX repetían las mismas ideas, y asimismo lo hizo el que fuera primer embajador de España en China en el siglo XIX, Simbaldo de Mas, quien remarcó que los pampangos, junto con los de Bulacán, fueron los únicos nativos filipinos que se mantuvieron fieles a los españoles durante la invasión inglesa de Manila (1762-1764), cuando constituyeron el principal apoyo de los españoles. Por último, citemos a Gaspar de San Agustín, que los definía como “los castellanos de entre los propios indios”.

La adhesión incondicional de los pampangos, eso sí, no estuvo exenta de problemas, pues también hubo rebeliones (más numerosas en Cagayán y regulares en el resto de archipiélago), pero analizarlas excede nuestro propósito. Por otro lado, también hubo desertiones entre los soldados nativos, como, para el caso de Formosa, la de los tagalos Domingo de Cavada y Alonso de Toulacque, que pasaron años en la isla construyendo fortificaciones hasta que, en 1637, se capturaron, porque decían que no habían recibido pago alguno por su trabajo, pero sí golpes y malos tratos. En cualquier caso, bien podría decirse que la colaboración de soldados filipinos en los ejércitos españoles, por las razones que fuesen, incluidas las mercenarias, contribuyó en parte a la unificación e identidad del pueblo filipino.

FUENTES PRIMARIAS

Navas del Valle, F.; Pastells, P. (1928-1935) (eds.): *Catálogo de los documentos relativos a las Islas Filipinas existentes en el Archivo de Indias de Sevilla*, 8 t. Barcelona: Compañía General de Tabacos de Filipinas.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Aduarte, D. de (1693): *La Historia de la Provincia del Santo Rosario de Filipinas, Iapon y China*. Zaragoza: Pasqual Bueno.
- Borao, J. E. (2009): *The Spanish Experience in Taiwan, 1626-1642: The Baroque Ending of a Renaissance Endeavour*. Hong Kong: Hong Kong University Press.
- Cushman, N. P.; Larkin, J. A. (1978): “Royal Land Grants in the Colonial Philippines (1571-1626): Implications for the Formation of a Social Elite”, *Philippine Studies*, 26, pp. 102-111.
- Mawson, S. (2016). “Philippine *Indios* in the Service of Empire: Indigenous Soldiers and Contingent Loyalty, 1600-1700”, *Ethnohistory*, 63 (2), pp. 381-413.

☰ Bibliografía completa en www.despertaferro-ediciones.com

José Eugenio Borao Mateo (Zaragoza, 1955) es doctor en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona y, desde 1990, profesor de cultura española en la Universidad Nacional de Taiwán. Su principal área de investigación es la presencia española en Oriente en general y en Taiwán en particular. También ha estudiado las relaciones contemporáneas entre España y China. Entre 2011 y 2013 promovió campañas de excavación en la parte colindante al desaparecido fuerte español de San Salvador, en la ciudad de Keelung, al norte de Taiwán, fruto de las cuales aparecieron algunos restos de un edificio europeo del siglo XVII, así como abundantes restos de la permanente ocupación de dicha zona a lo largo de más de 3000 años. Desde 2017 es académico correspondiente en Taipei de la Real Academia de la Historia.

